

Juan Molina Guerra  
juandemolina2020@gmail.com  
ASOCIACIÓN SAGRADA FAMILIA E.C.A.

## Título: CUANDO ÉRAMOS FELICES

Adriancito Meléndez pasó por nuestras vidas como pasan las aguas mansas de los arroyos, sosegadas, tranquilas, apenas sin hacer ruido, pero dejando tras de sí la impronta de su paso, la huella indeleble de su discurrir.

En el breve lapso que cabe en un suspiro apareció de repente y se fue, fugaz, sin avisar, como un viento impetuoso que, antes de anunciarse, ya es ido.

Aquel martes de primavera, cuando se abrió la puerta de la clase y la figura terrorífica del director apareció ante nosotros, con su bigotito recortado y su mirar grave, todos nos echamos a temblar, a pesar de que sabíamos que era temprano, y que Mrs. Margaret, la profesora de inglés, aún tardaría en encontrar, en el cajón superior de su escritorio, un yerto y repugnante ratón, con sus dientes diminutos incrustados en la reluciente manzana que, como cada día, guardaba para el desayuno.

Detrás de la figura circunspecta de don Nemesio se ocultaba, titubeante y temeroso, el ser más frágil que jamás contemplaran ojos humanos.

-Niños, a partir de hoy, Adrián Meléndez será vuestro nuevo compañero de clase. Tratadlo como a uno más y dadle cabida en vuestros juegos.

Mientras hablaba, el señor director empujó con suavidad al nuevo alumno hacia el interior del aula y, mirando a don Manuel Granados, nuestro maestro, con una complicidad tácita –como diciéndole: “ahí te lo dejo”-, se giró y cerró la puerta tras de sí. Y allí, delante de nuestros ojos pasmados y nuestras bocas abiertas en un rictus de asombro, la figura descompuesta de Adriancito Meléndez nos sacudió como un tornado.

Su estatura era la normal en un niño de su edad, más bajo que Rulfo el Recovero, eso sí, pero unos centímetros más alto que Julito el Pringoso. De cuerpo endeble y escuchimizado, piernas menudas y manos de pájaro, su enorme cabeza oblonga, de pelo lacio y bien peinado, daba a su figura una sensación de extrema delgadez.

Gastaba unas gruesas gafas de negra armazón, que prestaban a su cara un aire tierno de niño grande.

Pero esta descripción es fruto del detenimiento y la memoria sosegada, pues, en los días que vivimos a su lado, las miradas se disparaban raudas, desbocadas, prestas a clavarse como flechas en el blanco de su exagerada cabezota.

Podría decirse que la masa de su cráneo voluminoso era superior a la suma de la masa de todo su cuerpo, y no era raro pensar, viéndolo desplazarse con sus lentos y medidos movimientos de mariposa leve, que la más imperceptible oscilación de su cabeza daría con él sobre el suelo.

El maestro nos había prevenido que ese día tendríamos un nuevo compañero; que llegaba avanzado el curso porque había estado ingresado en el hospital a causa de una dolencia en su cabeza enferma; que debíamos tratarlo como a un igual y, sobre todo, que bajo ninguna circunstancia debíamos reírnos de su figura, ni convertirlo en el objeto de nuestras burlas.

Aquel día, haciendo caso de las consignas que tan claramente nos había dado el director –a quien temíamos más que odiábamos- y nuestro maestro –a quien

adorábamos, a pesar de “La Paradoja”-, a la hora del recreo, dejamos que Adriancito Meléndez jugara con nosotros y, a tal fin, lo alineamos de portero de uno de los equipos de fútbol que habíamos organizado. Craso error, ya que todo el tiempo la delantera contraria, más que en meter goles, se deleitó ensayando su puntería sobre el macrocéfalo guardameta que, incauto y ajeno a la malicia de sus compañeros, se debatía feliz, intentando atajar los balonazos que le llegaban sin cesar desde todos los ángulos de la cancha de juego.

Tanta obstinación demostró el equipo rival en su empresa que, en una de las ocasiones, el balón se coló entre sus manos de mantequilla y se estrelló contra su cara. Fue visto y no visto. En el patio se hizo un silencio sepulcral, tan denso que casi podía tocarse. Todas las miradas convergieron sobre la figura de Adriancito Meléndez que, oscilante, comenzó a perder la verticalidad de forma lenta, hasta que perdió el centro de gravedad y su voluminosa cabeza arrastró de su cuerpo, ahora aceleradamente, y golpeó con contundencia uno de los postes de la portería. Todos quedamos petrificados ante aquella escena, anclados como ballenas varadas sobre el cemento descarnado del patio. No obstante, nuestra conmoción duró poco, ya que Adriancito Meléndez se incorporó en un instante, pausado pero diligente; se colocó las gruesas gafas con seguridad; se atusó el pelo; se sacudió el polvo de la pernera del pantalón y, desgranando una sonrisa de una ternura y una ingenuidad inconmensurables, preguntó: “¿ha sido gol?”, mientras sus ojos, desorientados, buscaban el balón por doquier.

Don Manuel Granados era un buen maestro, y le teníamos en gran estima, a pesar de “La Paradoja”. Cuando nos veía cansados, nos dejaba dibujar, actividad ésta que, junto con las salidas al recreo, era lo que más nos gustaba de la escuela.

Una tarde calurosa, andábamos en este menester de dibujar lo que más nos apetecía, ya que nuestro maestro nos daba libertad para pintar el tema que se nos antojase, y recuerdo que yo pinté un caballero cristiano a lomos de un hermoso corcel negro que copié de las páginas de historia de la enciclopedia que nos servía de libro de texto. Gustavito Salmerón, que era muy devoto, dibujó la cabeza, coronada por una tiara, del Papa Juan XXIII, que era conocido por “el Papa Bueno”, pero el arte de Velázquez no era lo suyo, y le salió una cara regordeta y mofletuda, redonda y sin cuello, como un mollete, y alguien dijo que parecía un papa con paperas. Rulfo el Recovero y Julito el Pringoso rivalizaron entre sí a ver quién dibujaba mejor un Ecce Homo que aparecía en las páginas del libro de Religión. Como quiera que los dos lo habían sacado igual de bien –o igual de mal, según se mire, ya que los dos lo habían calcado-, y las opiniones estaban divididas al cincuenta por ciento, se le pidió parecer a Gustavito Salmerón, por ser el más versado en las cosas de la religión, que por algo iba a misa todos los domingos y fiestas de guardar y, además, comulgaba. “Está claro que el de Rulfo está mejor –concluyó-, porque ha pintado la túnica de color morado, que es el color de la Semana Santa”. Y todos afirmamos, convencidos de su sapiencia y su perita opinión. Pero, con todo, el dibujo más sobresaliente, y que todos recordamos con admiración, era el de Adriancito Meléndez. No sólo nos impresionó su trazo seguro y su combinación equilibrada de colores; lo que más llamó nuestra atención fue el tema de la composición, la serena ubicación del personaje en medio del paisaje y la exuberancia de matices que componían el conjunto. Como luego nos comentaría, se trataba del rey moro Boabdil tocando el laúd en un balcón de la Alhambra. A sus pies, el agua de una fuente se perdía mansa entre un vergel de azaleas y jazmines y, al fondo, recortadas sobre un cielo arrebolado, las altas y nevadas cumbres de Sierra Nevada. Adriancito nos

contó que había visto muchas veces esa ilustración en uno de los libros que poblaban la biblioteca de su padre, y nosotros, que éramos simples copiadores de dibujos simples e insulsos, admiramos con envidia su resuelta pericia y su capacidad de evocación. También envidiábamos que tuviese un padre que poseía biblioteca propia, pero esto no lo comentábamos.

“La Paradoja” era una palmeta de goma extraída de la cubierta de una rueda de camión. Tenía la forma de un triángulo isósceles truncado, de unos veinticinco centímetros de larga, una anchura de cuatro centímetros en su base mayor y un grosor aproximado de centímetro y medio. Habitualmente reposaba sobre la mesa de nuestro profesor, pero en la primera hora de la tarde, por aquello de sacarnos del sopor y el aturdimiento en que nos veíamos sumergidos durante los cálidos meses de la primavera del sur, cobraba vida y se convertía en una eficaz herramienta al servicio de la elevada empresa que constituía nuestra educación. Tanto era así que, al vaivén de su compás, lograba incrustar en nuestros obtusos cerebros las áridas tablas de multiplicar, en especial la del ocho y la del nueve, que eran las más tercas y escurridizas.

Recuerdo con nostalgia aquellas sesiones vespertinas en las que don Manuel Granados nos alineaba de pie, en torno a las paredes de la clase, formando un corro que él circundaba, blandiendo a “La Paradoja” ostentosamente, mientras nos iba preguntando a cada alumno una estrofa del poema del Mio Cid.

Íbamos recitando el romance de principio a fin y, cuando uno de nosotros no sabía su parte, o se atascaba, mecánicamente, sin mediar palabra por parte del profesor, adelantábamos una mano, con la palma vuelta hacia arriba, los ojos entrecerrados y apretados los dientes, y esperábamos estoicamente a que “La Paradoja” cayese sobre la misma, recordándonos con la dureza de su golpe que la pereza es la madre de todos los vicios y que estábamos formándonos hombres para el día de mañana.

Invariablemente, cuando alguien erraba en su recitado, allí estaba Adriancito Meléndez para continuar la estrofa del perezoso alumno. “A ver, Adrián, continúa tú”, le pedía, solícito y orgulloso, el maestro, y Adriancito, con su cara de niño bueno y sus pesadas gafas de negra armazón, decía los versos sin equivocarse.

A veces, no tanto por humillarnos por nuestra ignorancia y zafiedad, antes bien para que nos sirviese de paradigma y a la mayor gloria de la Educación, con mayúsculas, el maestro le pedía a Adriancito que nos deleitara con el recitado de una poesía, y éste, sin dudarle un instante, de corrido y sin tomar aire, como quien salmodia un rezo ancestral mil veces repetido, nos declamaba interminables poemas de Espronceda y todas las hazañas del Cid Campeador, sin saltarse una estrofa, de tal suerte que, cuando concluía por fin los versos, el rapsoda acababa asfixiado, el eufórico profesor arrepentido de su osadía, nosotros con la mente dispersa, pensando en el partido de fútbol que nos esperaba a la salida, y todos, en fin, contentos por ser una clase especial donde la literatura rezumaba por las paredes..., tanto que, a veces, chorreaba.

Gracias a estas sesiones poéticas, descubrimos que doña Jimena no era una marca de polvorones y mazapán, y que los infantes de Carrión eran unos libertinos de tomo y lomo que, ya por entonces, no respetaban a sus esposas y les zurraban de lo lindo.

Con la perspectiva que da la distancia y el poso de sabiduría que se adquiere con los años, ahora comprendemos porqué nuestro maestro llamaba a la palmeta “La Paradoja”, y es que, en contraposición a las modernas teorías que inundan los manuales

de pedagogía rechazando el castigo como método, nosotros, a pesar del enrojecimiento de las palmas de nuestras manos y la picazón que le seguía, “paradójicamente”, aprendíamos.

El curso siguiente, el primer día de clase, con el último sol del verano titubeante aún entre los altos cerros, prietas las filas en cerrada formación frente a la entrada de la escuela, todos notamos enseguida que Adriancito Meléndez no estaba allí, destacando inconfundible, como cada mañana, con su voluminosa cabeza y su peinado impecable, entre la maraña de ordenados alumnos.

Una vez dentro del aula, el maestro nos informó que Adrián Meléndez ya no vendría más a la escuela; que, durante las vacaciones, había sido ingresado de urgencia en el hospital, donde unas altas fiebres habían acabado con su vida...

Aquella noticia contundente nos zarandeó como si el cielo se hubiese derrumbado sobre nuestras cabezas, y, de repente, comprendimos que una parte importante de nuestra existencia, un capítulo crucial de nuestras vidas se había cerrado con su partida.

Todos miramos, entonces, con ternura, hacia el pupitre vacío que, en tan breve espacio de tiempo, pero con tanta hondura e intensidad, estuvo ocupando el curso anterior y, a poco que nos esforzáramos, aún podíamos verlo, con sus manos diminutas, elaborando su esmerada caligrafía, redonda y pulcra, como de orfebre aplicado, llenando, sosegada, las impolutas páginas de su cuaderno; y podíamos ver también al lloroso Boabdil, tañendo su laúd como una mujer, lánguido y frágil, entre las fuentes rumorosas del Albaicín; y no pudimos sustraernos a la imagen vívida de aquella tarde magistral en que Adriancito, puesto en corro con los demás, mientras recitaba las proezas de don Rodrigo, al que llamaban de Vivar, en llegando al episodio que versaba sobre la traición de Bellido Dolfos al rey, se atascó y no supo seguir, y cómo nos quedamos helados de estupor, y cómo él, sin dudarle un sólo instante, adelantó su fina manita de codorniz y esperó impertérrito a que “La Paradoja” le recordara, suavemente, eso sí, y sin acritud, para eso don Manuel Granados era un maestro justo y cabal, que la pereza es mala compañera de camino, y que él *también* era humano; y recordamos cómo nos guiñó un ojo y nos sonrió, sacándonos del estado de shock en que habíamos caído tras su equivocación, confirmándonos, como sospechábamos, que todo era pura comedia, que él sabía los versos que seguían, y que sólo pretendía, en un gesto de solidaridad del que teníamos la certeza que no era fingido ni afectado, compartir con nosotros la sensación que producía la ilustre palmeta al impactar contra la palma de la mano.

Rulfo el Recovero, a pesar de lo bestia que era, fue el primero en comenzar a llorar, primero tímidamente, luego de forma ruidosa y sin comedimiento. Los demás resistimos como pudimos, hasta que Gustavito Salmerón, que además de devoto era un manitas en el paciente arte de la papiroflexia, depositó una majestuosa y simétrica ave de papel cuadriculado sobre el pupitre vacío, con un sentido “Hasta siempre, Adriancito” garabateado en sendas alas desplegadas, con la tinta corrida por efecto de una inoportuna lágrima furtiva, y nuestro pensamiento nos arrastró hasta esas imágenes en las que, cada mañana a primera hora, desde su asiento de la primera fila, Adriancito Meléndez, cuando la profesora de inglés tomaba asiento tras su mesa, le arrojaba un avión de papel con su clásico mensaje de bienvenida: “Buenos días tenga usted, Mrs. Margaret”, y tras una sonrisa triste, cuajada de ternura y evocación, nuestros corazones ya no pudieron resistir más, y un llanto callado, profundo como el piélago de la mar

océana, rompió la presa que lo contenía y se derramó largo rato, anegando de desesperanza nuestras almas afligidas.

Ya no lo veríamos más. El vacío impactante de su pupitre se encargaba de recordárnoslo minuto a minuto; pero esa certeza no nos importó, porque sabíamos que él no moriría hasta que el último de sus compañeros dejara de recordarlo, y su figura singular, la huella indeleble que había grabado a fuego en nuestros corazones ya nunca se borraría, acompañándonos eternamente, como el eco sonoro de esas canciones que resuenan de pronto en nuestras mentes, sin anunciarse, en los momentos sublimes de nuestras vidas, como cuando el cielo se tiñe de arbol sobre las altas cumbres y, de pronto, todo cobra significado, confirmándonos que existe la Belleza y es posible el Amor.